

Metiéronse muy dentro de la sierra
Viendo tan mal parada ya la cosa,
Con ser populósísima la tierra
De gente por extremo belicosa,
Y ninguna de paz, sino de guerra,
Y de cristiana sangre cudiciosa:
Serian estos doce compañeros
Valientes, esforzados y lijeros.

Nunca pasaban, sino de corrida,
Por selvas y montañas sin camino;
De noche recogian la comida
De rocas ó labranzas del vecino,
No con pequeños riesgos de la vida,
Anejos á su grande desatino;
Otras algunas veces dan de día,
Pero no siempre bien les sucedia.

El mas que miserable Villa-Fuerte
Reconocia ya sus desconciertos,
Por que peregrinando desta suerte
Por los indios habian de ser muertos;
Promételes también infame muerte
Volver á Santa Marta y á sus puertos,
Y habian ya de los soldados buenos
Los indios hecho tres ó cuatro menos.

En algunas refriegas bien reñidas;
Pero dejallos hemos por agora,
A causa de volvernos al Bastidas,
Que por la mala cura no mejora;
Antes le dicen que con mas heridas
Ha de dar cabo del gente traidora,
Los cuales esperaban coyuntura
Metidos en el monte y espesura.

Y que no sanará como no haya
Cirujano que sea suficiente;
Y así le dicen todos que se vaya
Y salga de una tierra tan doliente,
Pues que tiene navios en la playa,
Sin faltalle recado conviniente,
Y un Alonso Miguel, diestro piloto,
El cual con todos era deste voto.

Al fin en general todo su bando
En este parecer malo consiente,
Y Palomino, mas duro que blando,
También le persuade grandemente,
A trueco de quedarse con el mando
Por estar ya nombrado por teniente:
Quel ambicion convierte muchas veces
Las loables costumbres en soeces.

Y así quieren decir que Palomino
Al Alonso Miguel le dió cohecho,
A fin de que torciese su camino
Y á la Española no fuese derecho;
Y no fué la sospecha desatino,
Segun se vido claro por lo hecho,
Pues para ser patente su concierto,
En la isla de Cuba tomó puerto.

Donde Gonzalo de Guzmán tenia
Gobierno por Colon, el almirante,
Y entrel Bastidas y el Guzmán habia
Enojos y rancor no bien sonante,
Por ocasion de cierta niñeria
Usada por Bastidas poco ante;
Y para que se sepa la querella,
Quiero decir aqui la causa della.

En aquella sazón y tiempo, cuando
El Bastidas tomó las posesiones
De su gobernacion y de su mando,
Parece ser que fué por los ancones
Un Gonzalo de Vides rescatando
Esclavos, oro, mantas y otros dones
Por parte del Guzmán, que dió navio,
Rescates, armas, tiros y atavio.

Bastidas, sin mirar por quién venia,
Quebró del amistad el noble gonce,
Tomando los rescates que traia,
Armas y dos ó tres versos de bronce:
Demás desto prendió la compañía
Y al dicho Vides y un Antonio Ponce,
De que Guzmán estaba muy corrido,
Y mas por ser amigo conocido.

Pero como lo vió de tal manera,
Condoliéndose del suceso malo,
Lo recibió con voluntad sincera
Y en su casa le hizo gran regalo:
El Bastidas buscó posada fuera,
Rindiéndole las gracias al Gonzalo
De Guzmán, por la gran magnificencia,
Y él se curó con suma diligencia.

Mas como por malicia de los guias
Aquel viaje fué de mucha dura,
Las medicinas fueron tan baldias,
Que por ninguna via tuvo cura;
Y así, después de diez ó doce dias
Le dieron honorosa sepultura:
En la Española tuvo mucha mano
Con obras de católico cristiano.

Segun los que mas saben deste cuento,
Fué principio y origen de sus males
No consentir hacer mal tractamiento
Ni robos en aquellos naturales:
Honró Guzmán aquel enterramiento
Con otros muchos hombres principales;
Y encima de la losa por él puesta
Dejaron una letra, que fué esta:

*Hic tumulus condit Bastidæ saucia membra
Quæ fixit gladio nuper acerba manus.
Ipse quia dives virtute et robore prestans,
Dux Sanctæ Martæ primus in orbe fuit.*

Aquí hace su manida Tuvo pujanza y valor,
Don Rodrigo de Bastidas, De riquezas copia harta,
Que con crüeles heridas Y así fué gobernador
Acabó la dulce vida. Primero de Santa Marta.

Pues dió Bastidas fin á su camino
Por poca lealtad de su compañía,
Bueno será volver á Palomino,
El cual con su valor y buena maña
Hizo de paz á Gaira y al Dorsino,
Y el confin de la costa que el mar baña,
A Concha y á Nenguanje, Chengue, Cinto,
Y á Gairaca con otros que no pinto.

El bárbaro su gente le sustenta
Bastantísimamente de comida;
A todos los anima y los alienta,
Y á su provecho y honra los convida:
Toda la gente tiene tan contenta
Que cada cual porná por él la vida,
Y para mas aumento de su fama
Con los indios de paz los otros llama.

A los que vienen érales guardada
La paz y el amistad no sin recatos;
A los rebeldes daba trasnochada
Aunque se padeciesen malos ratos,
Tomando la mas gente descuidada
De tales sobresaltos y rebatos:
Tuvo para sus guerras y sus lides
Dos grandes y admirables adalides.

Un Fernán Vaez y un Fernán Bermejo,
Soldados que hicieron grandes hechos,
Muy diestros en sacar un rastro viejo
Por las selvas ocultas y desechos,
Sagaces en astucias y en consejo,
Por extremo sutiles en asechos,
Puestos con arcos, flechas y plumajes,
Posturas y meneos de salvajes.

Llegaban con obscuro desta suerte
Al pueblo que tomar se pretendia,
Tácitamente porque no dispierte
El morador incauto si dormia:
Acechaban del pueblo lo mas fuerte,
Cuántas casas, y cómo las tenia,
Volvian por su gente hecho esto,
Y á cada capitán daban su puesto.

La gente dividida y ordenada,
Cuando la dama de Titon venia
Hacen señal, y dan el alborada
Sobre la descuidada compañía:
Ensangrientan la lanza y el espada
Si la contraria parte resistia;
Mas siempre por allí menester era,
Por ser genté de suyo muy guerrera.

Encima de un caballo Palomino,
El cual tenia tal conocimiento
Que ya no parecia de rocino
Sino de racional entendimiento,
Corria por el áspero camino,
Como si fuera hijo de algun viento,
De noche tacitísimo su huello,
Sin ruido, relincho ni resuello.

El rocin Matamoros se decia,
Del Palomino mas que rica prenda,
Pues por instinto natural hacia
Lo que pide razon en la tienda,
Y á las necesidades acudia
Sin meneo de espuela ni de rienda:
Tordillo fué no grande, mas bien hecho
Desde la baja cola hasta el pecho.

Puso los indios en tan gran cuidado
Con las insignes suertes que hacia,
Que muchos lo tenían retratado
De bulto de la suerte que venia
Encima del caballo, bien armado,
Con el adarga y lanza que blandia,
Y cantidad de indios á los lados
Del riguroso yerro traspasados.

Hizo venir al yugo los de Zaca,
Abatió la soberbia Cháirama,
Quebró las fuerzas de Mamalazaca
Y las inmites gentes de Irotama:
Por las riberas verdes de Guachaca
Tiemblan grandes caciques de su fama;
Temen los moradores en Origua,
Y no faltan temores en Bondigua.

Subyectó muchos otros deste modo
Soberbios, ferocísimos y bravos;
Temblaba del aquel terreno todo,
Que en guerra no supieron ser ignavos:
Todos el oro ya traen á rodo
Y muy crecido número de esclavos,
Que llevan á las islas los navios
Para traer comidas y atavios.

Y como ya bullia la moneda,
Veriades mil damas y galanes
Con ropas costosísimas de seda,
Granas, veinte y cuatrenes, perpiñanes:
No se halla soldado que no pueda
Comprar ricas holandas y ruñanes,
Pues antes la coleta y el anjeo
Solia ser el principal arreo.

Aunque venian ya de á la redonda
Indios de paz con joyas y presentes,
La gran ferocidad de los de Bonda
Huye del amistad de nuestras gentes,
Donde todas las noches hacen ronda,
Asegurando los inconvinientes
Que habian padecido sus vecinos
Por no velar entradas y caminos.

Diciendo, que las tales amistades
Traian mayor daño que provecho;
Y así hablaban mil bravosidades
Vacando por la boca lo del pecho:
Mas no fueron tan faltas de verdades
Que no las confirmasen con el hecho,
Como podrian ser testigos ciertos
Gran muchedumbre de españoles muertos.

Pensando pues tomallos de improviso,
Quebrantar su furor y castigallos,
El valeroso Palomino quiso
Con el nocturno velo salteallos:
Mandó con gran secreto dar aviso
A los peones y á los de caballos;
Fernán Bermejo fué como solia
Adelante de todos por espia.

Tiene Bonda zavanas ampliadas
Que cercan el compás de su frontera,
Pero para llegar á sus moradas
Habian de subir por escalera
De losas bien compuestas y fijadas,
Segun que muestra la presente era:
Subir no puedé quien caballo trajo,
Y así siempre se quedan en lo bajo.

Subió Bermejo con el apariencia
De indio por lugares encubiertos:
El sitio mira con el advertencia
Que suelen adalides muy espertos;
Mas aunque tuvo suma diligencia,
No pudo ver las velas de los puertos,
Bajo donde quedaban de presente,
Y llevó los peones desta gente.

Acaso vieron encendida mecha
Indios que velan en un altozano,
Y teniendo por cierta la sospecha
En que debia ser algun cristiano,
Apuntan á la lumbre con la flecha,
Clavándole la mecha con la mano;
Y como se quejó, sienten ruido,
Y así dieron gran grita y alarido.

Sale luego la gente que dormia,
No sin algun temor de tal asalto;
Por una y otra parte se tendia
Ocupando de pasos lo mas alto:
Vuela la venenosa flechertia,
De que ninguno dellos iba falto;
Tantas descenden y con tanta priesa
Como gotas de lluvia muy espesa.

El español al fin se desatenta
Viendo la muchedumbre que acomete,
Y nadie dellos tiene por afrenta
Revolver en demanda del jinete:
Hirieron del primer encuentro treinta,
De los cuales murieron veinte y siete:
Suenan escudos y armas de peones,
Que van rodando por los escalones.

Bien como las ovejas caminando
Por alta y asperísima ladera,
Que del mejor camino resbalando
Aquella que llevó la delantera,
Todas ellas se van precipitando
Por do se precipita la primera,
Sin advertir ninguna del rebano
Ser su camino para mayor daño:

Así los españoles, revolviendo
Tras las pisadas del que fué primero,
Unos sobre los otros van cayendo
Rodando por aquel despeñadero.
Sonaba de bocinas gran estruendo
Por todas partes del compás frontero:
Ansimismo se hunden los altores
Con el ruido de sus atambores.

Huyen pues los heridos, y los sanos
Por escaparse de que no los hieran,
Persiguiéndolos barbaros villanos
Con intenciones de que todos mueran;
Hasta que ya bajaron á los llanos
Donde los de caballo los esperan,
Los cuales les salieron al camio
Y el águila con voz de Palomino.

Ya planetas y signos celestiales
Perdian resplandores de sus lumbres,
Por se manifestar rayos febales
Dorando las alturas de las cumbres,
Y la solicitud de los mortales
Repetia sus usos y costumbres
En tal manera, que cualquiera via
El bien ó el mal de dónde le venia.

Y á este tiempo bárbaros lozanos
Seguian con grandísima pujanza
El escudron por lo tomar á manos,
Con sed insaciable de venganza;
Pero como bajaron á los llanos,
El Palomino meneó la lanza
Vertiendo por aquellos escuadrones
Sangre de los humanos corazones.

Y como nunca vieron otro tanto,
Sino tan solamente por la fama,
Cayó sobre los indios tal espanto
Que el fuego de los mas perdió la llama,
Y de la mayor fuerza por un canto
Gran parte con temores se derrama,
Causándoles confuso desatino
La priesa y el valor de Palomino.

Bien como plumas en lugar exento
Por ocasion alguna recogidas,
Que las saltea repentino viento
Con furias en sus soplos estendidas,
Derramándose todas al momento
Por diferentes partes estendidas;
O ya como monton de seca hoja
Que vuela sin haber quien la recoja:

De todos los que tienen llana tierra
Se hizo division desta manera,
Huyendo las borrascas de la guerra
Y aquel atropellar de bestia fiera,
Unos por los peñoles de la sierra,
Otros por el andén del escalera,
Quedando sin espíritu de vida
No poca gente por allí tendida.

Recogió Palomino sus soldados,
Ansi los sanos como los heridos,
Los cuales segun lances atrasados
Deste quedaron todos muy corridos:
A Santa Marta van encaminados,
Donde con lloro fueron recibidos,
Porque de conocidos por ser buenos
Quedaron luego veinte y siete menos.

Dejemos estas cosas desta suerte,
Y demos fin á los del mal intento,
Porque Porras con Joan de Villa-Fuerte
Tuvo palabras de desabrimiento,
Y por faltar allí quien los concierte,
Hicieron division y apartamiento:
La demás gente cada cual seguia
La parte que mejor le parecia.

El Porras se fué acia la Ramada,
Al otro pareció que le convino
Hacer á Santa Marta su jornada
Por ver en qué paró su desatino:
Entró siendo la noche ya cerrada,
Pero tuvo noticia Palomino,
Y dióse tan buen cobro con su gente
Que prendieron al dicho delincuente.

Y á causa de poder hacer ausencia,
Por no tener en tierra buen avio,
Luego con la posible diligencia
Le dió segura cárcel un navio,
Que para ir á la real audiencia
De Santa Marta hizo su desvio;
Y después hecho cuartos tuvo muerte
El miserable Juan de Villa-Fuerte.

Paga de su maldad y su locura,
Que de tal romería tal venera;
Y en aquella sazón y coyuntura,
Que fué del español dichosa era,
Un caso sucedió de gran ventura
Si para su remedio le valiera,
Pero no mereció su maleficio
Gozar de tan insigne beneficio.

Entonces pues nació rey soberano
De las generosísimas entrañas
De la hija del gran rey lusitano,
Mujer del que fué suma de hazañas,
Y el heredero fué Filipo Magno,
Hoy rey universal de las Españas,
Por cuyo nacimiento malhechores
Alcanzaron perdon de sus errores.

Vistas las alegrías y perdones,
Procuró luego Juan de Villa-Fuerte
Aprovecharse destas ocasiones
Para poder librarse de la muerte;
Mas importunidad y exclamaciones
De los Bastidas fueron de tal suerte,
Que los doctos señores del audiencia
Mandan llevar al cabo su sentencia.

Pedro de Porras y Martin de Roa
Con otra gente desta camarada,
De ceiba hacen una gran canoa
En la costa que dicen la Ramada:
Entran los navegantes, y la proa
Para Santo Domingo fué guiada;
Van, por huir de muerte merecida,
En grandísimo riesgo de la vida.

El mar en gran aprieto los ponía,
Combátelos el inconstante viento;
Mas con fuerza de brazos y porfia
Pudieron todos ir en salvamento:
Quizá nuestro Señor lo permitía
Para morir con mas conocimiento.
Libres pues de las aguas de Neptuno
Procuró su remedio cada uno.

Por ingenios y hatos de ganado
Cada cual de por sí va divertido,
Y el Porras por ser hombre señalado
Fué de cierto vaquero conocido:
Sábenlo los señores del senado,
Y fué por les Bastidas perseguido:
En efecto, segun el justo fuero,
Pasó por do pasó su compañero.

Otras cosas que sean sustanciales
Memoria cierta no me representa,
Porque muertos aquestos principales
De los demás hicieron poca cuenta;
Y así quiero volver á los anales
De Palomino, que valor aumenta,
Pues para sus desígnos tuvo ronda
Y se vengó muy bien de los de Bonda.

Domeño la cerviz y duro cuerno
De la mayor pujanza de la sierra,
Ningun rigor jamás lo halló tierno
De cuantos ofreció la dura guerra:
Un año duraría su gobierno;
Y para lo tener en esta tierra
Envió con probanza copiosa
Al tesorero Pedro de Espinosa.

Llegó con sus poderes en España,
Pidió lo que su parte pretendía,
Gastó dineros, dióse buena maña,
Pero su diligencia fué baldía;
Pues al mayor pastor desta cabaña
Este dicho gobierno se pedía
Para Garcia de Lerma, varon lleno
De lo que puede merecer un bueno.

Mas cierta nao para tomar puerto
A Santa Marta fué via derecha,
Y al Palomino dijo por muy cierto
Habelle sido ya la merced hecha:
No recibió las nuevas hombre muerto,
Sino quien ocasiones aprovecha
Creuyendo las novelas del navio,
Y así mostró mayor valor y brio.

Entonces ansimismo por ausencia
Del muerto, procurando de suplirlo,
Los señores de la real audiencia
Determinaron de nombrar caudillo,
Y por tener en cargos esperiencia
Enviaron á Pedro de Vadillo,
Primo del oidor que residia
En aquella real chancilleria.

A Santa Marta fué con tres navios,
Ciento y ochenta buenos compañeros,
Adonde si llevaba buenos brios
No creo que halló menos aceros;
Pues hubo repiquetes y desvios;
Y cierto, si no fuera por terceros
Tales que perturbaron el intento,
Vinieran en muy grande rompimiento.

Porque con tanta furia se destierra
Rodrigo Palomino de razones,
Que nadie consintió saltar en tierra,
Menos quiso cumplir las provisiones,
Y en la playa se puso para guerra
Cargando tiros y otras municiones,
Con gran solicitud y vigilancia,
Sin desarmarse minima distancia.

Algunos de los de su compañía
Usaban en el caso tracto doble,
Y al Fernán Vaez, con quien él habia
Tenido siempre término muy noble,
Porque supo que todo lo movia,
Lo hizo suspender en verde roble,
Luego con hierro líquido, redondo,
Tentó meter las naos en el fondo.

Pero Vadillo viendo tal embargo
Y aquellas muestras de varon insano,
Hacerse con sus naos á lo largo
Le parecia ser consejo sano;
Y así con los que vienen á su cargo
A Concha se pasó, puerto cercano,
Adonde para buena ó mala suerte
En tierra y en la mar se hizo fuerte.

Sabido dónde estaban rancheados,
El Palomino fué para buscallos
Con doscientos destrísimos soldados,
Los treinta y cinco dellos en caballos,
Con armas de algodón encubiertos,
Personas que sabian meneallos,
Y los demás que no calzan espuelas
Llevaban sus espadas y rodelas.

La voluntad de todos era harta
De se probar en este rompimiento;
Pero cuando salió de Santa Marta,
Deseando ponelles mas aliento,
El dicho Palomino los aparta
Para hacelles un razonamiento,
Fuera del pueblo ya la gente presta,
Y la substancia del dicen ser esta:

«Señores, nunca hizo mano blanda
Buenos lances en bética porfia,
Y aquesta pretension y esta demanda,
Que quiero llamar vuestra mas que mia,
Es porque sepá la contraria banda
Que no tenemos menos osadia:
Y pues que por vos va, correa y cueros
Conviene que pongais por defensores.

» Porque si los que veis son poseores
De provincias y pueblos conquistados,
Siervos seréis adonde sois señores,
Y do podeis mandar seréis mandados:
Los que vienen serán antecesores,
Y vosotros seréis posteros,
Porque con tal promesa hacen cebo
Los que traen algun gobierno nuevo.

» Y si querermé bien también os mueve
Por respetos que buenos engrandecen,
A mi gran voluntad mucho se debe
Y mis obras que todo lo merecen:
Pues que no faltará con quien compruebe
Ser mas que las palabras os ofrecen,
Do hallareis pospuesto mi contento
A vuestro gozo y aprovechamiento.

» Nunca me vistas triste ni severo,
Nunca supe tener mala crianza;
En los trabajos fui buen compañero,
En riesgos la primera fué mi lanza:
Si os quisistes valer de mi dinero,
Ninguno tuvo vana confianza:
Pues segun mis deseos y mis mañas
Quisiera daros hasta mis entrañas.

» Quien estos beneficios considera
Con la sinceridad que se requiere,
Debe, si su amistad es verdadera,
No rehusar morir do yo muriere:
Cuanto mas que no tiene mi bandera
Hombre que de victoria desespere,
Pues con dificultad son rebatidos
Los que nunca supieron ser vencidos.

» Huya temor de los ocultos senos,
Pues vais contra cuadrilla mal compuesta:
Nosotros somos mas, ellos son menos
Y fatigados de la mar molesta;
Ellos enfermos, y nosotros buenos,
Y tenemos las piedras y la cuesta:
Ellos un escuadron flojo, confuso,
Nosotros en la guerra mayor uso.

» Y pues en los recuentros que he tenido
Todos en general fuistes cabales,
En el presente solamente pido
Que me seais fieles y leales:
El gobierno me está ya proveído,
Segun dicen personas principales;
Si viniere, tendréis ilustre pago,
Y cada cual verá lo que yo hago.

Como por estos españoles fuesen
Palabras semejantes entendidas,
Respondenle que no se detuviesen,
Porque todos porían por él las vidas,
Y setecientas vidas que tuviesen,
Pues serian por él muy bien perdidas:
Y así luego se fueron acercando
Do los otros estaban esperando.

Puestos en el lugar que se refiere,
Por una parte mar, por otra sierra,
Al Pedro de Vadillo se requiere
Procure de dejar luego la tierra,
Y que si pone dientes y no quiere,
Apareje las manos á la guerra;
Pues en el día que presente era
Había de quedar ó dentro ó fuera.

Diciendo Palomino ser teniente
Nombrado por Rodrigo de Bastidas,
Vadillo les responde claramente
Ser tales tiranías conocidas,
Y que no piensa de volver la frente
A fanfarronerías ni heridas:
Antes dice que rijan el alarde,
Pues para comenzar era ya tarde.

Viendo tan sin razon y tan contrario
Al dicho Palomino con Vadillo,
Y ser aquel un caso temerario,
Procuran por mil vias impedirlo
Un fray Joan Perez, fraile mercenario,
Y un muy honrado clérigo Castillo:
Corren entrambas partes por los puertos
Tractándolos de medios y conciertos.

Hubo tan eficaces persuasiones
Y tan sagaces importunidades,
Que compeliéron á los dos varones
A los efectos destas amistades
Debajo de honorosas condiciones,
Y fueron estas las conformidades:
Que mandasen entrambos juntamente
Hasta venir recado mas patente.

Los dos gobernadores se abrazaron,
Hecha solemnidad de juramento,
Oyeron misa, y ambos comulgaron,
Parten la hostia deste sacramento:
Unos y otros se regocijaron
Al parecer, sin otro mal intento,
Mas ninguno vivia descuidado
Y uno de otro siempre recatado.

Y el vulgo muchas cosas sospechaba
Que por ventura fueron vanidades,
Viendo que cada uno procuraba
Ganar las principales voluntades;
Y atrás en este caso se quedaba
Vadillo, por faltar las cualidades
De liberalidad, que es alcahueta
Con que la gente mucho se subyeta.

El Palomino muy mas compañero,
Mas liberal, mas mozo, mas afable,
En todos los peligros el primero,
Sin se le conocer vicio notable:
Vadillo ya mayor y mas artero,
Y en su conversacion menos tractable,
Para hacer mercedes duro seno,
Antes lo proveía de lo ajeno.

Vadillo por tener mayor pericia
En aquello que ley civil encierra,
Guiaba los negocios de justicia;
Y porque de los negocios de la tierra
Palomino tenia mas noticia,
Tractaba los negocios de la guerra:
Trajo también Vadillo por teniente
Hombre no menos sabio que valiente,

Que mucho con su buen seso remedia
En lo que ve confuso y alterado:
Aqueste se llamó Pedro de Heredia,
Siempre valerosísimo soldado:
Adelante diré de su tragedia,
Y cómo fué después adelantado
De Cartagena, do si tengo vida
Le daremos historia mas cumplida.

Siendo los dos que digo pretendientes
De salir cada cual con sus intentos,
Tenían ya buen número de gentes,
Que con deseo de descubrimientos
De partes y lugares diferentes
Se recogieron mas de setecientos;
Y así con muchos dellos Palomino
Hizo para la ciénaga camino.

Cuyos términos son al mediodía
La costa abajo acia Cartagena,
Recodo de crecida pesquería
Cerca del río de la Magdalena,
Y de tan gran valor la granjería
Que al morador le da la bolsa llena;
Y el compás que la ciénaga rodea
Contiene mucha gente de pelea.

Pocigüeyca la cerca por un canto,
Provincia que contiene gran altura,
De nuestros españoles tal espanto,
Que nunca se vengó la sepultura
De los que solemniza tierno llanto,
Muertos á manos desta gente dura;
Y es hasta hoy allí cosa notoria
Que ningun español cantó victoria.

Llegada pues la gente y estandarte
De los cristianos al ancon que digo,
Tomaron indios la contraria parte
Do no pudo pasar el enemigo:
Los nuestros los llamaron de buen arte,
Mas ellos amenazan con castigo,
Tirando flechas y haciendo fieros
Y aun hirieron algunos compañeros.

Por pelear los indios con desvío,
Vióse desesperado Palomino,
Y porqué carecía de navío
Para hacer por agua su camino:
Con el orgullo grande de su brio
A tal furor y á tal demencia vino,
Que encima del caballo bien armado
Intentó solo de pasar á nado.

Y así por lo fondable fué nadando
En Matamoros su caballo bueno,
Que vá saladas ondas apartando
Como veloz delphin en ancho seno;
Mas como lo mas fondo fué faltando,
Detiéndole los piés limoso cieno,
Sin que su gran vigor fuese bastante
Para poder pasar mas adelante.

Como los indios vieren deste modo
Al valido rocín y á quien lo guía,
Y que de las prisiones deste lodo
Ir atrás ni adelante no podía,
Con grita que se hunde el valle todo
Descargan increíble flechería
En el caballo y en el caballero,
Bien así como suelen en terrero.

Nunca para matar á bestia fiera
Con armas se juntaron tantas manos;
No tantas puyas echa talanquera
A toro rodeado de villanos;
No viento levantó de la ribera
Del arena menuda tantos granos:
Cuántas flechas venían con veneno
Contra los detenidos en el cieno.

Aunque ya traspasados los ijares,
El buen caballo sin perder aliento
Forcejó por salir de los lugares
Que causaron tan grave detrimento,
Y vuelve por lo fondo destos mares
A poner su señor en salvamiento;
E ya llegados á seguro puerto,
El ilustre caballo cayó muerto.

Fué muy grande la lástima que hizo
En ser tan sin remedio la fortuna,
Aunque primeramente satisfizo
Al amo que sacó del alaguna;
Cuyo cuerpo de flechas un herizo
Salió también, sin lo herir alguna;
Ni jamás á su cuerpo dió herida
Recuento ni batalla muy rompida.

Con ser en los peligros el primero
Y en osadía mas aventajado,
Y herir uno y otro compañero
Conjuntos y pegados á su lado,
Aunque los otros fuesen con acero
Cubiertos y él el cuerpo desarmado:
Lo cual á gente sabia y á sencilla
No causaba pequeña maravilla.

En no le penetrar flechas sutiles
Había sido su ventura tanta,
Que si confabularan hoy gentiles
Como los que la musa vieja canta,
También dijieran ser segun Aquiles,
Que no podía sino por la planta
Recebir detrimento ni herida
Que pudiese privarlo de la vida.

Viendo pues la malicia destos senos,
Y cómo de los indios los aparta
Agua de ríos, mar y muchos cienos,
El Palomino con congoja harta,
Con seis heridos y el caballo menos,
Determinó volver á Santa Marta,
Donde le dió Vadillo ya venido
El pésame del daño recibido.

Quisiera revolver incontinentemente
Con gente de pertrechos reformada:
Dió parecer Vadillo diferente
Diciendo ser mejor hacer jornada
Donde fuesen entrambos juntamente,
Lá costa arriba acia la Ramada;
Pues antigua noticia les publica
Ser grande poblacion y gente rica.

Aquel es un compás de tierras llanas,
De largo veinte leguas, y de anchura
No menos, á las sierras comarcanas,
Aunque por partes hay mas angostura:
Contiene grandes montes y zavasanas,
Y es tierra de grandísima cultura,
Entre la mar y sierras de Herrera
Y el río de la Hacha por frontera.

De pueblos do la mar está cercana,
Algunos será justo que declare:
Dos Guaymaros, Debuya, Coriana,
Tapi, Paraguanil, Biriburare,
Caborder, Macoir, Proceliana,
Maracarote, Ormio, Caraubare,
Con otros infinitos separados,
Que callo por no ser tan señalados:

Poblaciones cercanas á los ríos,
Con sus calles bien puestas y ordenadas,
Fuertes y potentísimos huiños,
Y á las puertas grandísimas ramadas
Para gozar del fresco de los frios
Vientos, en las calores destempladas;
Y por ser general aqueste uso
El nombre de Ramada se le puso.

Y á causa de cortar con gran trabajo
Con hachuelas de piedra la madera,
El árbol escavaban á buen tajo,
E ya teniendo las raíces fuera,
Tiraban y arrancábanlo de cuajo,
Antes de tener hacha forastera;
Y el tronco limpio ya de sus cervices,
Lo hincaban, arriba las raíces.

Puestos así por orden admirable,
Para siempre, segun que se presume,
Por ser esta madera tan durable
Que solo vivo fuego la consume,
En dulces ríos y en la mar fondable
Tan grave peso tiene que se sume,
Y los que cortan hoy viejo madero
Trescientas veces mellan el acero.

Es esto que decimos hoy visible
A quien asientos viejos ver procura;
Cuya madera es incorruptible,
Pues mucha hasta nuestro tiempo dura.
Y no ternía yo por imposible
Ser antiquísima su compostura;
Y en lo futuro puede ser testigo
Si no le toca fuego como digo.

Si la madera vieja ves cortando
Con seguron ó hacha castellana,
Un sutil polvo verde va volando
Que toca la persona mas cercana,
Y la camisa del que está sudando
La pone de color de fina grana;
Y es este colorado tan perfecto
Que no hará Brasil tan buen efecto.

Antes de sus desdichas y desmanes,
Solían poseer aqueste suelo
Los indios tairós y guanebucanes,
Por otro nombre del Calabazuelo:
Los tairós son vestidos y galanes;
Los otros han por bien andar en pelo,
Solamente la parte vergonzosa
Con oro cubren ó con otra cosa.

En un calabazuelo comunemente;
Y estos señorean mas la tierra.
Y los vestidos tairós era gente
Que procedía de los de la sierra;
Mas puesto que de casta diferente
Nunca jamas entrellos hubo guerra.
Llamamos tairós á los de Tairona
Y tierras que confinan con Marona.

Son los guanebucanes bien dispuestos,
Y ansimismo las hembras bien dispuestas;
Y si los hombres andan deshonestos,
No menos las mujeres deshonestas:
Los tairós con sus mantas van compuestos,
Las tairas bien cubiertas y compuestas;
Mas la gente desnuda poseía
Mejor dispusición y gallardía:

Gente de gran valor y valentía,
Graciosa, de sinceras voluntades,
Liberal en partir lo que tenía,
Debajo de ser buenas amistades.
Cada cual parte destas poseía
De oro no pequeñas cantidades,
Innumerables joyas y chagualas
Para sus ornamentos y sus galas.

No parecían mal los blancos dientes
Y el torcido mirar con ojos bellos
De las desnudas niñas destas gentes,
Y las peinadas crenches de cabellos,
Con las preseas ricas que pendientes
Van de nariz, orejas y de cuellos,
Muñecas y molledos rodeados
De brazaletes de oro mal labrados.

A fama de nacion tan opulenta,
El Pedro de Vadillo y Palomino
Recogieron trescientos y cincuenta
Soldados, y el pertrecho que convido:
Serían de caballo los setenta;
Con los cuales se ponen en camino.
El Vadillo salió primeramente,
Y con él cuasi que toda la gente.

El otro con algunos del armada
Quedóse ciertas cosas ordenando;
El Vadillo prosigue la jornada
Con paz y con amor acaudillando:
Asentó su real en la Ramada
Por puntos y momentos esperando;
El Palomino fué por alcanzallo
Con solos diez ó doce de caballo,

A los cuales él dió muy buen avío;
Y sin que cosa turbe su persona
A Guachaca pasaron y al gran río
Que sale de los valles de Tairona.
El paso suben áspero, sombrío,
Que hacen las montañas de Marona;
Ven, al bajar, un río de quien siento
Ser menester pasallo con gran tiento.

Mis ojos pueden ser buenos jueces,
Pues lo pasaron sin ninguna guía,
No una sola, pero muchas veces,
Y aun solo sin ninguna compañía,
E ya me vi revuelto con las heces
Y lama que la mala playa cria;
Escapéme también de tigre fiera
Por llevar buen caballo de carrera.

Perplejo pues cualquiera caballero
De los que van con él en seguimiento,
El Palomino quiso ser primero
Y entró, no sin algun detenimiento
De su caballo de color overo,
Que visto no pasar con buen aliento
Volvió, no viendo cosa que le cuadre,
Diciendo: «Ya no pare mas mi madre».

Pero vista la poca diligencia
Que para lo tentar muestra su gente,
Faltó con el orgullo la paciencia,
Y entró segunda vez en la corriente.
No sé con qué rigor ó violencia
El buen overo trastornó la frente:
Caballo solo ven volver al puerto,
Y el amo nunca mas vivo ni muerto.

Van todos en aquel mismo momento
A lo favorecer si parecía,
A todas partes cada cual atento,
Mas por ninguna dellas respondía;
Conocieron su mal acabamiento
Y ser aquel su postrimero día:
Revientan corazones de tristura
Llorando tan acerba desventura.

No voz hercúlea por el alto cielo,
Ni grito por los aires esparcido,
Sonó tanto, llamando su mozoelo
Hylas, en fondas aguas sumergido,
Cuanto sonó la voz y desconsuelo
De los que lo llamaban sin sentido,
Pues con ser una cosa tan creible
No podían creer fuese posible.

De Hylas cuentan las antigüedades,
Segun tienen poetas por estilo,
Que del enamorado las Nayades
Lo recogieron en profundo silo:
De Palomino son ciertas verdades
Sumergillo caiman ó cocodrilo,
Pues por los ríos desta circunstancia
Hay destas bestias fieras abundancia.

Y todos los que corren allí juntos,
Al caminante hacen ir confuso
Con tantos; mas volviéndonos al punto
Del intimo dolor dicho de suso,
Desde entonces el nombre del difunto
Al sobre dicho río se le puso,
Y con aqueste son y nombradía
Vemos que permanece todavía.

No viendo pues remedio de la falta
Que hizo capitán tan señalado,
Tomó la mano Sancho de Peralta
Para buscar el paso comenzado:
Y mas arriba por la parte alta
Hallaron todos ellos muy buen vado,
Y así llegó la gente sin caudillo
Adonde estaba Pedro de Vadillo.

El cual supo la nueva desta gente,
Cuyos ojos venían no sin jugo;
Mostró pesalle delta grandemente,
Y maliciosos dicen que le plugo;
Luego miró con mas rugosa frente
Y procuró poner mas grave yugo:
Dicen llevar en éstas ocasiones
El Palomino malas intenciones.

Y aun yo creo correr á las iguales
En intenciones de la paz ajenas,
Porque si el uno las llevaba malas,
El otro las tenía no muy buenas;
Pero favoreció la diosa Palas
A aquel que merecía menos penas,
Pues en los medios y concierto hecho
El Vadillo perdió de su derecho.

Por todos los soldados se comprueba
Su cargo, sin poner escusaciones,
Porque Vadillo del poder que lleva
Notificó de nuevo provisiones;
Y á Santa Marta se llevó la nueva,
Que fué causa de grandes turbaciones,
Mayormente sabiendo su vecino
La muerte de Rodrigo Palomino.

Pues no sin confusión y gran espanto
Se divulgan las nuevas al momento:
Comienza luego doloroso llanto
Y un caos sin ningún orden ni tiento,
Y así la viril capa como mantó
Manifestaban tierno sentimiento;
Todos lamentan, cada cual se duele,
Sin haber de por medio quien consuele.

En blanquitos pechos hay destrozo;
Despedazábanse rubios cabellos;
Dolor quita la toca y el rebozo
Que suelen encubrir cándidos cuellos,
Como si de la vida de aquel mozo
Pendiera la salud de todos ellos;
Y así con mil renombres que le daban
El padre de la patria le llamaban.

Flojos un poco los extremos tales,
Y el pueblo de su llanto más quieto,
Determinaron hombres principales,
Reducidos a término discreto,
De le hacer honrosos funerales,
Los cuales se pusieron en efecto:
Sacábase lutos, hácese gran gasto
Para pompa cabal y mayor fasto.

Luego se congregó la clerecía
Para solemnizar estos oficios;
Acude soldadesca compañía
Con tristes ceremonias y ejercicios:
Que del difunto cada cual había
Recebido muy grandes beneficios;
Y así chico ni grande desta gente
Dejó de se hallar allí presente.

Endurecido pecho se quebranta
Llorando tan acerba desventura;
La música y el canto que se canta
También representaba gran tristura;
Túmulo generoso se levanta,
Y no sin curiosa compostura,
En torno del retrato de la muerte
Y letra que decía desta suerte:

*Non Palominus habet tumulum quo morte quiescat,
Ast dignus magni laudibus ingenii:
Nam si cuncta satis quae fecit gesta canuntur,
Hispanos inter grandis et esse potest.*

No reposa Palomino
En sepultura notoria,
Mas cierto fué varón dino
Que levante su memoria
Algun ingenio divino:

Porque las cosas estrañas
De sus hechos y hazañas,
Dichas en particular,
Bien pueden tener lugar
Con buenos de las Españas.

Pues ya precipitó la falsa rueda
La fuerza de virtud tan señalada,
Volvamos á Vadillo donde queda
Robando y asolando la Ramada,
Donde sacó gran suma de moneda,
Y mas adentro fué con el armada,
Pues con guía que tuvo conveniente
En el valle de Upar metió su gente.

Reposaron las gentes castellanas,
Por hallar abundantes las comidas,
Campos muy estendidos y zapanas
De venados y puercos proveídas,
Y rios de las sierras comarcanas
Con aguas en color esclarecidas,
Y todos estos rios abastados
De grandes diferencias de pescados.

Tierra no de calores ni de frio
Que con exceso no podáis sufrillo;
Asentó ranchos luego par del rio
Que de su nombre se llamó Vadillo;
Y de Fernán Bermejo por su brio
Fingióse ser grandísimo carillo,
Aunque con él estaba muy mohino
Por ser siempre parcial á Palomino.

Este corrió las sierras y los llanos,
Por ser gran adalid á maravilla,
Prendió muchos caciques comarcanos
Que dieron hartó para la vajilla;
Fué cebando Vadillo bien las manos
Hasta llegar al rio Carrancilla,
Dicho Guataporí por otro nombre,
Y el otro por morir allí tal hombre.

Corren bajos y altos de la sierra
Prendiendo y rescatando muchos reyes:
Muchos vienen de paz y hallan guerra
Contra divinas y aun humanas leyes;
Prosiguen adelante por la tierra
Hasta venir á dar á Pacabueyes,
Donde hallaron pueblos prepotentes,
Hombres desnudos, pero ricas gentes.

Argollones y joyas muy mejores
En ley que las demás deste camino;
Ansinismo tenían atambores
Aforrados en hoja de oro fino,
Grandes culturas, ricos labradores,
Templos dicados al honor divino,
Segun su parecer y testimonio,
Mas eran engaños del demonio.

Metió Vadillo pues hasta los codos
Las manos, y los de su compañía
Procuraban por los posibles modos
Absconder cada cual lo que podia,
Reconociendo dél que lo de todos
Para sí solamente lo queria;
Y así con su riqueza, que fué harta,
Determinó volver á Santa Marta.

De los términos sale deste suelo,
Debajo del ya dicho presupuesto,
Y segun se decía, con recelo
De que venia con el cargo puesto
De Castilla gobernador novelo
Que le pidiese larga cuenta desto:
Y por irse con mando como vino
Abrevió lo posible su camino.

Vió las ondas del mar con su cuadrilla,
Habiendo recogido buena pella:
Entraron todos pues en esta villa
Después un año que salieron della.
Ocasiones buscaba de rencilla
Vadillo, sin tener justa querella,
Y así quiso por el enojo viejo
Poner prisiones á Fernán Bermejo.

El cual, certificado del intento,
Al templo se retrajo bien armado,
Engañado del falso pensamiento
Y de muchos amigos confiado;
Mas el Vadillo dió su mandamiento
Para sacallo del lugar sagrado,
Y así Pedro de Heredia su teniente
Lo sacó convocando mucha gente.

Luego, sin aflojar el interesse,
Era Fernán Bermejo maltratado
Con diversos tormentos, porque diese
Todo lo que traía rancheado;
Respóndele: «No tengo que confiese,
Porque vos lo tenéis á buen recado,
Yo os entregué cuanto me dió fortuna,
Tomando para mí cosa ninguna.»

Y no se contentó con desmembrallo,
Sino que concibió peor motivo,
Teniendo por mejor el acaballo
Porque no hable, que dejallo vivo:
Fueron pues los efectos ahorcallo,
Rigor que pareció ser excesivo,
Contra derecho y á razon contrario,
Y mas siendo varón tan necesario.

Contar sus desatinos y pasiones
Sería trabajos labirinto,
Y á vueltas de cien mil murmuraciones,
Que particularmente yo no pinto,
Decían que hacia fundiciones
Dentro de casa sin pagar el quinto;
Murmuraban también los oficiales
A cuyo cargo son rentas reales.

El uno de los cuales fué Grajeda,
Varón del hábito de Santiago,
Al cual con los demás también enreda
Con falsedades por le dar el pago,
Y así pasó con otros por la rueda
De la garrucha dura sin halago,
Sin vaillele razon ni hidalguía,
Ni el autoridad grande que tenia.

Otros muchos pagaron el escote,
Segun á su crúel condicion plugo,
Con público pregón y con azote
Librado de la mano del verdugo;
Y hizo dar á dos ó tres garrote,
Otros huyeron del pesado yugo,
A lo menos aquel que fué contino
En fe y en amistad á Palomino.

Habia ya venido por prelado
Un fray Tomás Ortiz, dominicano,
Docto varón y bien intencionado,
El cual viendo su término tirano
Procuró por un orden moderado
Ile por todas vias á la mano,
Diciéndole ser ya Lerma vecino,
Porqué los dos venian un camino.

Ya temeroso de su desconcierto,
Por no ver ocupar otro su silla,
Ante quien le pidiesen el gran tuerto
De los insultos hechos en la villa,
Determinó salir del dicho puerto,
Y así se fué la vuelta de Castilla,
Dentro de pipas de agua su provecho,
Por mas disimular el hurto hecho.

Mas como se ganó con falsa maña,
Por malas vias, por inicuo modo,
En las arenas gordas, en España,
Aquel rico caudal se perdió todo
Dentro de las riberas que el mar baña,
Y el Vadillo quedó puesto del lodo
En otra carabela diferente,
Do se escapó de aquel inconveniente.

No le quedó caudal para que pueda
Solapar su maldad y atrevimiento,
Pues suele muchas veces la moneda
Ser de delictos gran medicamento:
El comendador pues dicho Grajeda
Luego partió tras él en seguimiento
Trájele la persona tan corrida
Que con prisiones acabó la vida.

Aqueste fué su fin bien merecido,
Y aun ayúdaronle segun entiendo,
Y pues con él habemos concluido,
Y Lerma llega ya con gran estruendo,
Quiero dejar pasar este ruido
De trompas que los aires van rompiendo:
Notemos el entrada, y entre tanto
Daremos orden al segundo canto.

CANTO SEGUNDO.

Donde se trata de la llegada de García de Lerma á Santa Marta, el gran fausto y pompa que trajo, con otras cosas dignas de escritura.

No pocas veces hace hartó daño
Al que de nuevo viene por regente,
Del modo del gobierno ser estraño
Y querer regulallo por su frente,
Pudiendo libertarse del engaño
Siendo su desengaño ya presente;
Mas muchos destos hay tan obstinados
Que no consienten ser desengañados.

Y á mí paréceme que menos yerra
Quien reconoce tractos diferentes
De los quél sabe, para paz ó guerra,
Si se va por do fueron otras gentes
Que para gobernar aquella tierra
Previniéron á los inconvenientes,
Conociéndolos ya por esperiencia,
Y rehuendo dellos con prudencia.

Pues para que se hagan sufrideros
Trabajos insufribles de pesados,
Mas saben todavía los primeros,
Como hombres mas rompidos y cursados;
Y así suelen decir que los arteros
Se hacen de los bien escarmentados,
Y aun primero que hagan esta prueba
Ha perecido harta gente nueva

Al fin el uso hace gente diestra
Y á los futuros trances advertida,
Porque necesidad, como maestra,
Aconseja que cada cual se mida
Con el posible que la tierra muestra,
Sin fausto que le haga dar caída:
Que gran confusión es para los buenos
Por se poner en mas venir á menos.

Y así los capitanes atrasados,
Aunque fueron primeros en el pasto,
Vivian recogidos y atentados
En su casa, familia y en su gasto,
Por no se ver después menoscabados;
Pero Lerma traía tan gran fasto,
Como si fueran infalibles cuentas
Haberse prometido grandes rentas.

Cumplidos eran pues los tres quinientos
Con otros veinte y ocho de la era,
Cuando con sus soldados ochocientos
Vido de Santa Marta la ribera:
Todos traen costosos ornamentos,
Bizarros y follones; salen fuera
Calzas, jubones, varios en colores,
Y cueros de grandísimos primores.

Los casados con capas y con sayos,
Ricamente vestidas sus zagalas;
Hacen reverberar solares rayos
Los plumajes con puntas y otras galas;
Orden luengo de pajes y lacayos,
Mayordomos, trinchantes, maestresalas,
Con todos los restantes oficiales
Que tienen los señores principales.

Pensaban viejos, viejas, mozos, mozas,
Ser poblacion de ricos aposentos;
Y como vian hechas ciertas rozas
Que desmontaron para los asientos,
Y en ellos poco mas de treinta chozas
Comunes á las aguas y á los vientos,
Imaginaban ser mas adelante
Otro lugar que fuese muy pujante.

Mas como los remates y los dejos
De su viaje fueron de manera
Que sin se divertir mas á lo lejos
Los hacen alojar en la ribera,
Quedaron muy confusos y perplejos,
Viendo que la ciudad aquello era,
Do para descansar miembros humanos
Han de hacer los ranchos por sus manos.

Luego Lerma saltó con sus gentiles
Hombres y las personas mas acetas,
Con otras invenciones mas sutiles,
Mas ricas, mas costosas, mas perfetas:
Suenan altos y bajos ministriles,
Húndese la ribera con trompetas:
Un día de juicio parecia
A nuestra baquiána compañía.

Los cuales, como ven tanta devisa,
Tantas y tan costosas invenciones,
Estando los mas dellos sin camisa,
Y apenas camisetas y calzones,
No podían disimular la risa,
Hablando con algunos chapetones,
Y cuando baquiános se topaban,
Cocando desta suerte murmuraban:

«¿Qué debe de comer aquel de sopas
Que trae los carrillos tembladeros?»
Otro dice: «Descargarán las popas,
Quedarán los navíos mas lijeros.»
Otro decía: «Para guardar ropas
Han de servir de cajas los gargueros,
Pues faltando racion del que gobierna
Las han de rematar en la taberna.»

«Gallardísimos van amos y pajes,
Derechas y bien puestas las braguetas,
Acabaránse los matalotajes,
El lujo de picheles y limetas,
Vereis después caidos los plumajes,
Callar las cherimias y trompetas,
Pues para remojar el intestino
Agua delgada servirá de vino.»

«Vos vereis antes que la Pascua venga
Mozos en cantidad y pajes horros,
Porque los amos con la hambre luenga
Iran á mariscar por esos morros,
Y les dirán: Buscá quien os mantenga,
Que ya no es tiempo de criar cachorros,
Ni mis dientes consienten decir toma,
Sino que cada puta hile y coma.»

Aqueste pasatiempo se tenia
Entre personas necias y aun discretas
De los antiguos desta compañía,
Gente de solamente camisetas;
Y mucho mas al tiempo que comia
Lerma con cherimias y trompetas,
Riquísimo repuesto, muchas sillas
Y ostentaciones grandes de vajillas.

Juzgaba por ventura que le toca
Y le cumple lo tal en su comarca,
Pues era gentil-hombre de la boca
Del César, invictísimo monarca:
Su hacienda gastó, que no fué poca,
Sin reservar dineros en el arca,
No por lo ya sabido destas sierras,
Sino con esperanza de otras tierras.

Por ser gobernacion muy ampliada,
Y aunque por asperezas insufrible,
Esperaban que siendo mas calada
La hallarian ser mas apacible;
Y así vino con él gente granada,
Dejando sus haciendas y posible:
Algunos nombraremos en la historia,
Y agora los que diere la memoria.

Pedro de Lerma, mozo cuyo brio
De rayas igualaba la mas alta,
Escobar, Villalobos y Berrio,
Juan de Montemayor, Muñoz, Peralta,
Fernando de la Feria, que yo fio
Que para capitán no tuvo falta,
Ansimismo Francisco de Arbolancha,
Cuyo valor tampoco tuvo mancha.

Lorenzo de las Casas y el de Aldana,
Que después en Pirú tuvo gran mano,
Céspedes y Fernando de Santana,
Y Anton Santana, su menor hermano,
Un Pedro de Sanlúcar, un Lizana,
Bueso, Juan de Ribera, Juan Toscano,
Con otros valerosos, de los cuales
A tiempos nombraré los principales.

Entonces pues do quiera que se vaya
Estaba toda la ribera llena:
El costoso jubon, la rica saya,
Tendidos por descanso de su pena
De noche por aquella santa playa,
Sirviendo de colchones el arena,
Hasta que ya hicieron pobres ranchos,
No tampoco pulidos ni muy anchos.

Después que reposaron algun día,
Faltó racion de castellanos trigos,
Y luego se cumplió la profecía
Que les pronosticaron los antiguos,
Porque la gente toda perecía,
Y andaban muchos pobres y mendigos,
Tanto que muchos de los mas gentiles
Los vian abatir á cosas viles.

Reconociendo los inconvenientes
Que nacia de las necesidades,
Y cómo ya caian muchas gentes
Con pesadimas enfermedades,
Dejando quien curase los dolientes,
Que fueron no pequeñas euntidades,
Determinó de visitar la tierra,
Pues estaba de paz y no de guerra.

Porque los bárbaros desta frontera,
Con los ancones del compás marino
Sustentaban la paz de la manera
Que les mandó Rodrigo Palomino,
Cuyo valor entre los indios era
Tenido por no menos que divino;
Y así Lerma queria por presencia
Hacer ostentacion de su potencia.

Pareciéndole bien estos intentos
A la gente que estaba descontenta,
Aprestando guerreros ornamentos
Cada cual á la lista se presenta:
Juntáronse soldados cuatrocientos,
Y fueron de caballo los ochenta;
Con ellos y con gran fausto que saca
Se fué Lerma la vuelta de Guachaca.

Allí llegó con orden diferente
De los pretéritos gobernadores,
Cama de campo, silla de gran frente,
Rica vajilla, muchos servidores;
Con Betanzos, gran lengua desta gente,
Llamaba los caciques y señores,
De los cuales algunos acudian,
Y otros con un «no quiero» respondian.

Muchos dellos también hacían fieros,
Y así Lerma por atemorizallos
Envío cantidad de macheteros,
En cuyas manos no faltaban callos,
Para hacer por ásperos oteros
Camino por do fuesen los caballos,
Que iban con grandisimos trabajos
Sirviendo solamente de espantajos;

Pues si supieran lo que de presente,
Que reconocen bien usos y modos,
Sin poder defendellos nuestra gente,
En ásperas quebradas y recodos
Pudieran estos indios facilmente
Hacer que los perdieran allí todos,
Porque la sierra es tan salebrosa
Que no se vido semejante cosa.

Al fin se mandan ellos por escalas,
Que desechadas con algun relance
Todas las otras partes de muy malas,
Siempre prometen peligroso trance,
Y son bien menester lijeras alas
Para dar á los indios un alcance,
Que corren á su salvo por la cumbre
Dando sin recebilla pesadumbre.

Y agora sin guerreros movimientos,
Siendo gente de suyo muy sangrienta,
Solamente quitaban alimentos,
Sin perseguir la nuestra macilenta,
Los cuales, segun iban de hambrientos,
Pudieran padecer mortal afenta,
Mas gran ruido va por los altores
De flautas, de cornetas y tambores.

Viendo la gente bárbara revuelta
Y en grandes confusiones y alboroto,
Por medio de la sierra dan la vuelta
En todo defraudados de su voto:
Llegan caballos y la gente suelta
Donde llaman allí valle de Coto,
Seis leguas poco mas de Santa Marta,
Donde volvieron con congoja harta.

Porque nunca, después que se corria
La tierra por aquella circunstancia,
Nadie hizo jornada tan baldia
Ni camino de menos importancia,
Pues del remedio que se pretendia
Fué menos que ninguna la ganancia;
Y así los pobres y necesitados
Se volvieron mas pobres y cansados.

Grande murmuracion invalecia
En se volver á Santa Marta luego,
Porque necesidad los compelia
A no tener allí mucho sosiego;
Y así para salir por otra via
Al Lerma combatía comun ruego,
Al cual le pareció ser conviniente
Entrar en Pocigüeyca con su gente.

A causa de tener ya relaciones
De los antiguos con quien él pratica,
Ser aquellas insignes poblaciones,
Y así mismo la gente dellas rica;
Demás desto tenían ocasiones
Por paz, cuyo principio certifica
La ciénaga que ciñe su frontera,
Porque ya sustentaba paz sincera.

Y á todos parecia buen empieza
Para poder entrar en su terreno,
Quererles allanar el estrompiezo
Primero, los vecinos deste seno;
También su principal, dicho Tocuezo,
Se profirió traellos á lo bueno,
Debajo cuyas prendas y promesa
Para llegar alla se dieron priesa.

Salieron cuatrocientos escogidos,
Serian de caballo mas de ciento,
Del seco pan de yuca proveidos,
Que fué lo principal de su sustento:
Que los trabajos antes padecidos
Pusieron á los mas en escarmiento,
Y es el cazabi pan que si se moja
De toda su substancia se despoja.

Pues el alforja siendo remojada
Por ciénagas ó pluvias ó creciente,
Quien piensa llevar algo lleva nada,
Y puede ver comer y estar á diente;
Y quien lo come tenga preparada
Behida con que pase buenamente,
Pues si se retardasen los bocados
Podriáanse burlar los convidados.

Llevaba Lerma pues sus fuerzas todas,
Vajillas y larguissimos repuestos,
Como si fueran á solemnes bodas
Y no para peligros manifiestos:
Van azadones, barras, van escodas
Para hacelle llanos los recuestos;
Va Tocuezo también muy diligente
Para llamar de paz aquella gente.

Llegaron á las faldas de la sierra
Donde tenían muchas sementeras;
Pobladísima ven toda la tierra,
Insuperables todas las laderas;
Mándanse ya de paz ó ya de guerra
Por enhiestas y largas escaleras
De grandes lajas puestas de buen arte,
Por no poder subir por otra parte.

Subió Tocuezo la cercana loma
Llamando los propincuos moradores:
Sobresaltarónse, mas él los doma
Y hizo que perdiesen los temores;
Salió luego de paz su gran naoma
Con algunos caciques y señores;
Lerma lo recibió con buena maña
Dándole cosas hechas en España.

Subieron pues al pueblo mas cercano,
Que de gran cantidad de casas era
Por orden repartidas en un llano
O hoya bien así como caldera,
A causa de tener á cada mano
Muy alta y asperísima ladera:
Hay en torno labranzas y frutales,
Regalos grandes destos naturales.

Desampararon indios el asiento,
O por ir á lugares mas seguros,
O porque de su propio nacimiento
Son todos intractables y hombres duros:
Cada cual escogió buen aposento,
Y sin adivinar males futuros
Usaba Lerma siempre de sus pompas
Con son de cheremias y de trompas.

Esperimentó luego rica silla
La majestad de Lerma cuánto pesa:
Ostenta repostero la vajilla,
Los pajes diligentes ponen mesa;
Mas no ternia yo por maravilla
Los bárbaros hacer en todo presa,
Viendo la destruccion y destemplanzas
En sus casas, frutales y labranzas.

Y así los indios por las demasias
Ajenas de su poco sufrimiento,
Se detuvieron mas de treinta dias
Sin acudir con reconocimiento;
Pero salieron ciertas compañías
A quien el Lerma dió su mandamiento
Para que los caciques vengán luego,
O donde no, sus casas quemé fuego.

Iba por capitán Juan de Berrio,
Varon cuya virtud fué muy entera,
Y con él cien soldados de buen brio,
Como Mateo Sanchez y Ribera,
Fernando de Santana, Juan del Río,
Anton Martínez, Pedro de Herrera,
Y otros algunos, gente conocida,
Que hasta hoy alguno tiene vida.

Suben con el valor que convenia
Como dos ó tres leguas de distancia;
Llaman de paz aquella compañía
Que hallaban por esta circunstancia,
Tocuezo les habló lo que sabia
Ser para su quietud de mas substancia;
Mas ellos ya dispuestos á la guerra
Le responden que salgan de su tierra.

Justamente por muchos se comienza
Un no sé qué de mal comedimiento:
Los nuestros viendo tanta desvergüenza
A fin de los poner en escarmiento,
Quebrantaron los hilos de la trenza
Que solia tejer buen sufrimiento;
Y así subieron por aquellas cuestas
A punto las rodelas y ballestas.

Era de tal altor esta frontera,
Que para la subir, forzosamente
Habian de pasar por escalera,
Donde no vian defensor patente:
El Berrio llevó la delantera,
Y todos van con brio diligente;
Mas parecieron luego tantas manos
Que hacen reparar á los cristianos.

Y si para subir se daban priesa,
Para bajar no tienen menos ganas,
Porque sobrellos llueve muy espesa
Aguda flecha, golpe de macana,
Piedra de todas partes, que no cesa
De lastimar la gente castellana:
Unos saltaban dos, tres escalones,
Otros bajando van á trompicones.

Bien como cuando carga mucha gente
A ver algunas fiestas en tablado,
Que se quiebran las vigas de repente
Y unos sobre otros van mal de su grado,
Este se quiebra pié y aquel la frente
Otro de piés ajenos es hollado,
Y el que pudo saltar mas y primero,
Ese libró mejor si fué lijero:

Así también la misma pesadumbre
Tuvieron los soldados deste bando,
Pues cuando vieron tanta muchedumbre
Que venia sobrellos descargando,
A su pesar bajaron de la cumbre
Unos sobre los otros trompicando,
Y el que saltar podia por encima
Ese se tuvo por de mas estima.

Tiénesse por rüin el mas tardio,
Por de mayor valor el menos flojo,
Por seguro quien hace mas desvio,
Quien huye por valiente y ortodojo:
A muchos hieren, hieren á Berrio,
De tal suerte que siempre quedó cojo;
Y aun fué bien venturosa la herida,
Pues no fué perdidoso de la vida.

Porque del número de los heridos
Escaparon muy pocos ó ningunos,
Y á ser con mas instancia perseguidos,
No volvian de males tan ayunos;
Mas con vellos los indios divertidos,
No curaron de ser mas importunos,
Satisfaciéndose con lo ya hecho
Y con manifestalles su mal pecho.

Pues indios que tenían un cabezo
Y estaban á la parte mas cercana,
A voces dicen: «Húyete, Tocuezo,
Si no quieres morir muerte temprana,
Porque te torceremos el pescuezo
Si acaso te halláremos mañana;
Y á Lerma dirás luego que se salga,
Si hallare guarida que le valga.»